

— Traigo muy buena gente, respondió Terrazas evitando que se le hablara de sus empresas anteriores... Como le decía, los de dentro lanzaron el repique que usted oyó y que tuvo uno de dos objetos: ó alentar á los muy traidores haciéndoles creer en auxilio inmediato, ó celebrar la entrada de algún contingente de bellacos destinado á resistir un poco... Y ahora, si quiere, véngase conmigo, que ya es tiempo de darle forma á este trabajillo.

Subieron á caballo los del estado mayor de Terrazas, y Brambila les siguió poco á poco. Al fin le mandó llamar el jefe diciéndole cariñoso:

— Hombre, he dispuesto que se venga á mi lado, no que me corteje; acérquese, que necesito amigos. Vamos á dejar el camino de Tabaloapa; haremos una travesía á la izquierda y saldremos á Bachimba por el rancho de Avalos.

Dejando á Tabaloapa á la derecha se metieron por el Mezquital, y cuando llegaron á la vista de los puertecitos que se hallan cerca de la ciudad notaron que la obscuridad se obscurecía más aún, y que la mancha negra ennegrecía el panorama de cerros y collados que á lo lejos recortaba el horizonte. Y así vió Brambila que la tal mancha, que parecía una excrecencia que brotara de la gran tela que se agarraba al fondo, se movía y hormigueaba ejecutando movimientos que parecían de pesadilla, ora por lo apresurado, ora por lo rítmico.

— Allí les tiene usted, dijo don Luis; son infantes de San Andrés, vecinos de San Pablo y de Rosales y una banda de música de no sé qué pueblo. Aguarde usted y podrá formarse idea de todo... Pues como le decía, tengo buena gente; Platón Sánchez, que es un artillero de fuerza; Sóstenes Rocha, que es hombre muy templado; el Chato Díaz, que es un valiente de los que no hay: ya usted sabe, hermano de Porfirio el de Oaxaca. Tengo además otros jefes, ya les verá, y muy buena, muy valiente tropa, toda escogida.



D. SÓSTENES ROCHA.

Pepe sentía heladas todas las extremidades después de permanecer tres horas al pie del cerro Grande, que ocupaban las fuerzas de San Andrés y el Carrizal, mandadas por un coronel, Terrazas de apellido como el director de las maniobras, aunque no fuera pariente ni deudo suyo.

A las ocho llegó noticia, por correo extraordinario, de que la gente de dentro empezaba á retar á la republicana y que aun había habido alguna escaramuza sin consecuencias.

— Parece que tienen ganas ó que se deciden á correr un albur desesperado; allá ellos, dijo don Luis. Nosotros no hemos de apresurarnos, que al fin no venimos á aventurar, sino á hacer cosas maduramente pensadas. Déjenles, que tiempo habrá de salir adelante.

Como á las nueve columbraron la ciudad, cubierta con una espesa niebla que hacía aparecer todo como entre las brumas de un sueño.

— Parece que ya se les pasó la furia, dijo el jefe con una flema que asombró á todos. Vamos á hacer un reconocimientillo, que al fin nada se ha perdido.

Y se metieron por la alameda de Santa Rita que se abría á la izquierda.

— Ya sé á qué atenerme, dijo don Luis con una calma imperturbable; todo va bien; y como viera que se precipitaba contra su gente un buen golpe de traidores que salía de la plaza, ordenó á los suyos que se retiraran poco á poco, mientras él observaba detalles que mucho le importaba tener presentes.

Los de Carranco, engreídos al ver que los acompañantes de don Luis se alejaban, destacaron más gente en su persecución, y mientras se defendía la que se había aventurado primero, el jefe contemplaba el panorama con un anteojo de larga vista, sin preocuparse de las balas de cañón que ya empezaban á mandar los contrarios, ni de los jinetes que salían á batir á la avanzada republicana.

— Haya cosa, amigo Brambila, vea cómo nos molesta esa caballería que se apoya en el Jordán; á esos hay que ponerles fuera de combate ó resignarse á que nos acaben. Esto no puede seguir así; hay que apoderarse de esas casucas que se encuentran cerca del arroyo; hay que tomar los arcos del acueducto y que mirar si podemos quedarnos con la iglesia de Santa Rita... Mire, amigo Brambilla, vaya y dígame á Pérez Castro que coja un piquete de Durango, la caballería de Julimes y los jinetes de Camargo, y que vea cómo nos quita esta pesadilla; dígame que en él confío... Dígame también que ya prevengo que Armendáriz le proteja el ataque, y que ya Félix Díaz va al frente de una columnita de infantería; que no tenga cuidado, que no le he de dejar en la estacada. Pero ándele, amigo, que para luego es tarde.

Avanzó Brambila á todo correr y no tardó en hallar á la gente de Pérez Castro.

— Eso aguardábamos, gritó don Juan con entusiasmo; eso esperábamos, y cuente usted con que nada se ha perdido; va á ver cómo no dejamos feo al jefe... ¡Andenle, muchachos, ándenle, que ahora se va á ver quiénes son los buenos y quiénes son los faroleros!.. ¡Adelante!, gritó Castro á sus soldados.

Y cuando se adelantó seguido de su caballería, y Brambila les vió bajar á la hondonadilla furiosos, resueltos, satisfechos, al parecer aliviados de un gran peso por

comprender que se les libraba de la molestia de la espera, que para el soldado significa menos que la incertidumbre y la duda, mil veces peores que la misma muerte, estuvo seguro de que el triunfo sería de los ardidos sitiadores. Pero Pepe, poco entendido en asuntos de guerra, no vió que, si era faena lucida la que emprendían los jinetes de Castro, era no menos valiosa la que realizaban las otras fracciones de la gente republicana. Armendáriz, que estaba al frente de la infantería, avanzaba apoyado por la pieza de montaña que personalmente llevaba rodando el coronel Borrego; Félix Díaz desalojaba al enemigo de los arcos del acueducto y le envolvía haciéndole que dejara en sus manos cosa de cien prisioneros.

La situación se presentaba ya muy despejada y quedaba completamente expedito el paso para el interior de la población. Las fuerzas del Gobierno penetraron hasta la plaza principal, y aun cuando en el templo quedaban todavía muchos traidores que con sus fuegos hacían daño á los de don Luis, pudo considerarse ganada la partida desde aquel instante.

— Señor, dijo Brambila, olvidando el principal objeto de su presencia en Chihuahua; yo creo que ya me podría volver al Paso, pues me parece que ya es usted dueño de Chihuahua.

— Amigo, su reló adelanta un poco; deje que los ocupantes se manifiesten, y podré decirle si es verdad lo que

á usted se le antoja con tan buen deseo. Y sobre todo, ¿no se acuerda usted de que viene como mensajero y que no puede volver sino hasta que haya dado cuenta de su encargo? Recuerde que el señor Ministro de Relaciones está pendiente de lo que haga el amigo Brambila, por lo menos tanto como puede estar observando lo que acontezca con la toma ó el abandono de Chihuahua... Como que se trata de amoríos: quiere casarse y dicen que será pronto.

— En efecto, señor, no se me olvida lo que usted me indica; pero como el señor Lerdo puede ya comunicarse con don Berardo sin necesidad de mi intervención, creo que la cosa puede considerarse terminada.

— Amigo, no hay cosa peor que interprete lo que se debe hacer en materia de mensajes el que sólo tiene la misión de cumplirlos al pie de la letra.

— Tiene usted razón, señor, y dispéñeme si me he salido de mi papel.

— Déjeme ver lo que pasa, que, ó yo me equivoco mucho, ó ese disparo que acaba de sonar es nuncio de que la trifulca está muy comprometida por aquella parte... Dicho y hecho, exclamó al ver que se disipaba el humo de un cañonazo que había sonado; dió en la torre, en la campana mayor de la parroquia, y le tiró Platón Sánchez desde «El Porvenir»... Ya bajan los muy bandidos, ya bajan más que de prisa, y no les queda más que rendirse.

En efecto, á esa hora llegaron como desalados tres

ayudantes que llevaban nuevas del interior; los traidores habían abandonado la Parroquia y estaban reducidos á las fortificaciones de la plazuela del Colegio de San Juan, á la casa de Moneda con el palacio, al hospital de Jesús y al templo del Colegio.

Las horas transcurrieron violentamente porque don Luis ordenó desalojar á la canalla de sus atrincheramientos postreros, pues había que horadar manzanas, que impedir la entrada de refuerzos y que obrar, en suma, como si se tratara de un sitio en regla. La gente se aplicó con todas sus fuerzas á la nueva tarea, y todo cuanto ejecutó fué con tanto entusiasmo, con tanta decisión y con un afán tan grande de triunfar, que los mismos que habían manejado el fusil y disparado tiros y muerto semejantes suyos con una limpieza y un buen ánimo que nada dejaban que desear, se pusieron después al avío y abrieron horadaciones, practicaron agujeros de tusa, se metieron por el ojo de una aguja y por fin consiguieron salir adelante. A lo mejor, un ruido terrible que resonó en toda la calle alentó á los sitiadores y desanimó á los sitiados, que se pusieron á temblar pensando en la inminencia del peligro que corrían: una pieza de batir colocada en la fortificación inmediata quedó lista para hacer pedazos al pobre reducto de los encerrados tras de las murallas. No sé qué vería don Luis al alejarse de su punto de observación, mas es el caso que volvió á poco acompañado de



— ... y abrieron horadaciones, practicaron agujeros...

uno de sus ayudantes y con el regocijo retratado en el rostro.

— ¡Albricias, amigos, albricias, que la partida está ganada vieja, barbona y borracha; los traidores se alejan á toda chilla y nos dejan en posesión del punto! Lo siento por nuestros artilleros, que estaban decididos á hacer polvo á la canalla y que ahora tendrán que retirarse con todos sus honores, sin disparar sus piezas más que para celebrar nuestra entrada á esta ciudad en que no volverán á poner el pie los traidores; pero ¡cómo ha de ser!

Dicho y hecho; á poco rato llegaron noticias de que la gentuza manifestaba deseos de rendirse y que pedía á grandes voces que se le diera cuartel.

— Por mí, exclamó Terrazas, no ha de haber dificultad, que la mayor parte de ellos están engañados y no valdría la pena hacer con ellos un ejemplar terrible. Con los jefes sí no habrá remisión ni arreglo, que su delito no merece gracia. Aquí tenemos á un enviado del señor don Benito y él se encargará de impetrar su resolución respecto de Carranco y socios.

Inmediatamente ordenó que un piquete de Supremos Poderes cuidara las puertas de entrada de las casas que tenían los ex defensores de la plaza y mandó recoger los caballos y mulas que habían dejado.

Cuando Brambila vió que la situación estaba despejada y que no había temor de malas nuevas, sino que todas

eran buenas como podía haberlas deseado el más optimista, pidió licencia al señor Terrazas para restituirse al lado de los que le habían mandado.

—No sólo le doy el permiso, mi amigo, sino que le ruego que se marche.

Apenas entró á Chihuahua, Brambila entregó los pliegos que llevaba y recibió la respuesta; pero se vió obligado á tomar la vuelta del Paso, portador de la plausible nueva guerrera que tanto tenía que regocijar á los que habían combatido con tesón por sus ideales y que por fin les veían triunfantes y enhiestos. Pero antes de retirarse de la ciudad vió algo que habría deseado no presenciar porque servía para atormentarle y desanimarle, ya que conocía la inflexibilidad de Juárez y sus opiniones acerca de la clemencia: una procesión formada de las señoras más encopetadas de la población — eternas intérpretes de la Piedad Suprema — se presentó ante don Luis Terrazas para pedirle la vida de Carranco y de todos los traidores apresados el veinticinco de Marzo. Don Luis prometió lo único que le era posible, que pasaría á Juárez el escrito en que se solicitaba el indulto, aunque abrigando poquísimas esperanzas de obtener éxito en su empeño.

Con los documentos más interesantes sobre la toma de la plaza, la petición de las damas chihuahuenses y el caudal de los recuerdos de lo que había visto y oído, Pepe regresó á la villa que por entonces habitaba el gobierno

republicano y que había sido el arca santa en que se guardaron las leyes y las instituciones para evitar que cayeran en poder de la canalla.

Pero apenas llevaba andadas unas cuantas leguas y ya pudo notar que el panorama cambiaba completamente. A la vieja aridez sucedían como por encanto la exuberancia y la alegría. Por todas partes se miraba el suelo cubierto de una alfombra verde que parecía el vello suavísimo de la tez de una hermosa; el agua fluía en arroyuelos que se desenrollaban como serpientes de bruñida plata; los matos raquícos, austeros, indolentes, que parecían, como decía Guillermo, estar alejados por igual de todos los reinos de la naturaleza, y si acaso, formar parte del suelo polvoroso y tristón, estaban ya cubiertos de verdura tierna, dulce y recién brotada; las montañas, que se veían en el término distante, ya no aparecían foscas, ceñudas, temerosas é insolentes, sino más bien risueñas, exquisitas, con formas elegantes, como si fueran senos de mujer hinchados por la abundancia del licor de vida; y las aves, que son el primer nuncio de vida en la naturaleza, ya pasaban piando, aleteando, lanzando agudos chillidos y teniendo como natural la presencia del hombre en sus dominios. La segunda noche, después de la salida de Chihuahua, la pasó Brambila á campo raso, en los famosos Médanos, coco de los viajeros y espanto de cuantos transitaban por aquellas soledades, que rehuían la presencia de

tales colinas, que parecían monstruosos y horribles paquidermos tirados panza arriba en medio de aquella desolación.

Esa noche los Médanos eran muy otra cosa de que Brambila conocía: estaban cubiertos de hierba fresca y perfumada; el agua bullía á su vera cargada de flotantes flores, de nidos erráticos, de rumores y de alegría: era la primavera del desierto en todo su esplendor, en toda su opulencia, en toda su fuerza.

«Así, pensó Brambila, ha pasado nuestra patria de la abyección y la pobreza al triunfo y á la gloria. ¡Bendita sea la naturaleza, que siempre da la razón á la vida contra la muerte y á la verdad contra la injusticia!»

Anduvo más de prisa y llegó al Paso cuando por allá se estaba en la más espantosa ansiedad. Dió detalles, comunicó nuevas, escuchó predicciones y pudo convencerse de lo que ya sabía antes de salir de la ciudad, que Carranco y los vencidos del Imperio no alcanzarían misericordia. Entró en su casa á tomar descanso y á anunciarle á Cristina las gratas nuevas que traía de su matrimonio y de la liberación de Chihuahua. Al entrar oyó una vozcita dulce y grata que salía á recibirle y que repetía con sonsonete las primeras palabras del Catón Sensorino: «Christus: A, B, C.»

Se le llenaron á Pepe de lágrimas los ojos y comprendió que la fórmula del triunfo en los días venideros había

de ser aquel modesto A, B, C, que aprendía el niño entre balbuciendo y titubeando.

Y entró al cuarto y estrechó en un mismo abrazo á Cristina, que simbolizaba la vida sencilla, recatada y laboriosa, y á Nacho, que era el porvenir claro y bello—el porvenir por la instrucción, por el trabajo, por la verdad.

